de Mariana. En este estado de ánimo, se presenta Langlande, un joven abogado, á quien Mauricio había recomendado á Limery (el Banquero) que hizo una defensa brillante, y logró hacerlo poner en libertad. Es el favorito de los salones y la fama de su talento corre de boca en boca. Conoce á Mariana y se apasiona de ella, asediándola, hasta que la hace caer. Cuando su marido sospecha algo ya es demasiado tarde. Trata de alejarla de la casa de esa amiga pérfida, pretextando una temporada de campo. Ella comprende, y entonces invita á todos los presentes á visitarla, menos á Langlade.

De esta parte en adelante se pone cada vez más de relieve la superioridad del marido y su infinita delicadeza.

Quiere vencer á su esposa, y con la sonrisa en los labios invita al joven abogado, en nombre de ella, á que venga á verlos. Ella se irrita, cuando él, casi al oído le dice:

"¿Verdad que soy un jugador sereno?

Ella le contesta: —Sí, pero esos jugadores también pierden!

—Sí, (repone él) sí, pierden, lo pierden todo, pierden hasta el alma; pero no se les conoce en la cara!

En todas las situaciones del drama hay frases felices, rasgos de una ironía fina, completamente parisiense.

Chantraine, amigo de Darlay, á quien éste defendió en la causa que le siguieron por haberle dado cinco balazos al amante de su mujer, cogido infraganti; describe su estado, después del lance trágico, así:

—"Oh! qué terrible que es ver muerto por nuestras manos al marido de nuestra esposa!„

Mauricio tratando de convencer de que Julia es sólo una intrigante vulgar, que carece de ingenio y de influencia, aunque ella asegura que, debido á sus excelentes combinaciones, su marido figura como candidato para un Ministerio en las listas de todos los partidos.

No digo que Brauten no podrá algún día llegar á ser Ministro; es Diputado, y sería una blasfemia. Un diputado puede ser Ministro, como uno que no es nada, puede ser Dipatado.

El desenlace, al que somos conducidos hábil y naturalmente es hondo y emocionante. Darlay está convencido de que Mariana lo engaña, y resuelve divorciarse, no se bate, porque eso podía comprometer la reputación de ella; no quiere escándalo; su esposa se irá á provincias, pretextando una enfermedad, en compañía de su madre. Después irá él al Tribunal, y tomará para sí toda la culpa.

Ella, que hasta entonces empieza á conocer al hombre con quien ha vivido tanto tiempo, comprende que lo adora, que no podrá vivir separada de él, que su ineptitud es mentira, (pues acaba de publicar una obra monumental) ve la nobleza de su alma, la rectitud de su corazón, y llora é implora. Es inútil. Ya él ha albergado en su cerebro la sospecha, "y cuando se tiene seguridad de no poder olvidar nunca, el perdón es una comedia dolorosa y ridícula."

He aquí las frases supremas:

—A tí que eres amada, te será muy fácil olvidar...

Y tú—dice ella - podrás olvidarme?

—Mariana: la vida ofrece maravillosos recursos. Tal vez sí...

PAUL LIBBY